

# LA BANDERA RADICAL.

REVISTA SEMANAL DE INTERESES GENERALES

DIRECTOR Y ADMINISTRADOR—CÁRLOS MARIA RAMIREZ.

## SUMARIO DEL NUMERO 5.

La Convencion Nacional—Sus condiciones, sus antecedentes y sus alcances.	} POR CARLOS MARIA RAMIREZ.
El gran peligro de la anarquía entre colorados y blancos.....	
Una página de historia á propósito del apolojista de la fuerza.....	
El General Papel Moneda.....	
Los Palmares (Continuacion).....	

Revista de la Semana y sueltos diversos.

### La Convencion Nacional.

SUS CONDICIONES—SUS ANTECEDENTES Y SU ALCANCE.

I. \*

No debemos alucinarnos, ni deben alucinarse los que comparten con nosotros, ó nosotros con ellos, el programa de la *Convencion Nacional*.

La idea de una apelacion sincera, franca y radical al fallo de la soberanía del pueblo, es una planta exótica en el clima de los actuales partidos.

La tierra ingrata del presente, esteriliza esa semilla salvadora.

Si no pretendemos influir sobre ese clima, si no transformamos las condiciones de esa tierra, todo quedará perdido entre el sudor de una labor estéril é impotente.

Los partidos no quieren co-existencia, ni transaccion, ni concordia en la obra de la regeneracion de la patria; y la apelacion al fallo de la soberanía del pueblo trae aparejada la coexistencia, la transaccion y la concordia en esa obra.

La dominacion esclusiva y personal, que es aspiracion suprema de los actuales partidos, resiste naturalmente á un réjimen que seria desde sus primeros pasos la libertad y la igualdad de todos en las diversas esferas de la vida nacional.

El ódio intransigente y rencoroso que abre entre los partidos actuales un abismo de sangre y de venganzas, no se resigna á soportar la era en que solo la voz de la razon llegaría á tener asiento en los consejos de la política del pais.

Reconcentrados en el círculo de sus recuerdos fatídicos y de sus pasiones violentas, los partidos actuales miran como una utopía ridícula ó no un lazo indigno, esos grandes horizontes donde todo sería aspiración hacia el futuro bajo el noble influjo de los mas generosos sentimientos.

Ley inexorable del progreso, que no nos quiere abrir la puerta del porvenir mientras nos presentemos vestidos con los viejos harapos del pasado!

Si no inspiramos á los partidos actuales nociones elevadas de moderación y transigencia; si no los despojamos de la sed de mando intolerante y esclusivo que devora sus entrañas; si no desvanecemos el fantasma de la leyenda antigua que estravía su imaginación impresionable, la idea de la *Convencion Nacional*, como cualquier otra idea grande, democrática y humana, ha de quedar ahogada por la exaltación y el encono de las recalcitrantes pasiones de partido.

Paz y fraternidad!

He ahí el grito que debe preceder y acompañar todos los esfuerzos que se hagan para volver al régimen de la soberanía del pueblo, de las instituciones republicanas, de la civilización en fin.

Paz, y fraternidad!

Si separamos esas dos ideas, nada podrá conseguirse nunca, porque la paz es el resultado de la fraternidad y la fraternidad no puede sostenerse sin la paz.

Los enemigos hacen tregua, cuando conservan en su corazón la fiebre que los llevó al combate; pero los hijos de una misma tierra, cuando quieren poner fin á sus querellas sangrientas, deponen las causas del resentimiento salvaje que los llevó á las manos.

Paz y fraternidad!

Paz, no quiere decir quietud de los sepulcros, ni fraternidad quiere decir la supresión de toda diverjencia en la monstruosa unidad del despotismo.

Saludables agitaciones necesita el gobierno democrático para llenar sus fines, pero esas agitaciones deben tener una idea por objeto y la legalidad por medio.

Disidencias variadas, necesita la unidad moral de todo pueblo libre, pero esas disidencias nunca deben poner el odio en el corazón, ni el puñal en la mano de los hombres.

Pidamos el testimonio de todos los publicistas que han ilustrado la ciencia del buen gobierno los pueblos, y veremos que de todos los gobiernos, el gobierno democrático, el gobierno libre, es el que mas exige

je armonía, solidaridad, concordia entre los diversos miembros de un Estado.

Las divisiones intestinas, los disturbios públicos y los fanatismos de partido traen enevitablemente la formación de un *Poder fuerte*, cuyas prerrogativas son á menudo incompatibles con la existencia de la verdadera libertad.

En la monarquía hay una base incommovible que no toca el incessante batallar de los partidos, y estos pueden así, en todo lo demas, exagerar su actividad y estraviar su índole sin atacar necesariamente el juego de la organización social; pero en la República, donde todo, absolutamente todo, cae bajo la influencia de la insaciable ambición de los partidos, estos necesitan contener su actividad en límites precisos y arreglar su índole á las mas estrictas nociones de justicia para no poner en peligro constante el orden público y no producir esa anarquía de cuya prolongación nace inevitablemente el despotismo ó la dominación extranjera.

Es viejo como la obra inmortal de Montesquieu, que la República tiene por fundamento á la virtud, y es mas viejo todavía que la corrupción de los partidos políticos, es lo que ha perdido á las Repúblicas de todas las edades en la tierra.

No se hacen democracias, sino oligarquías de bando, con pueblos donde una escisión sangrienta y continuada ha producido castas irreconciliables entre cuyos miembros el cambio político, aunque lo santifique una gran idea ó un generoso sentimiento, es considerado como la profanación y la apostasia de los antecedentes que nos fueron infiltrados con la sangre.

Si queremos realizar la democracia, si queremos apelar á las decisiones del pueblo, debemos empezar por la formación de esa entidad, moral, una compacta y solidaria en medio de las disidencias de detalle que revelan la libre personalidad del elemento que está llamado á componerla.

Colorados y blancos! hombres de todos los partidos y ajenos á los partidos todos!—vosotros sois el pueblo, un mismo pueblo, un pueblo de hermanos que antes se despedazaron, poniendo en peligro hasta el principio de la nacionalidad, y que hoy deben unirse para discurrir en familia, con espíritu de conciliación y de acuerdo, los medios de afianzar sobre bases imperecederas la independencia y la libertad de la Nación.

II.

Si fuese posible colocar á los partidos (y lo será en tanto que lo-

dos los hombres puros presten su mano á la tarea) si fuese posible colocar á los partidos en un terreno de transaccion y tolerancia, la *Convencion Nacional* se presentaria entonces como la única solucion legitima y sensata.

Todos los principios la prescriben y toda clase de consideraciones la encomia.

Si algo hay evidente en la situacion actual de la República, es que la legalidad ha desaparecido por completo con la alternativa dominacion de las facciones que el extranjero ha mantenido ó colocado en el Poder.

La legalidad de los Blancos, se fundaba en una victoria sangrienta á cuyos fines concurren la Confederacion Argentina y el Brasil; la legalidad de los colorados se funda igualmente sobre otra victoria sangrienta á cuyos fines concurren tambien el Brasil y la Confederacion Argentina.

Cuando el extranjero se introduce á decidir en las cuestiones de la soberania interna de un pais, toda tradicion legal queda cortada, interrumpida y suspensa, mientras el pueblo no recupera la integridad de sus destinos.

La legalidad blanca y la legalidad colorada tienen un vicio insanable que las condena y las destruye inapelablemente.

Así, todo gobierno que quiera fundarse en el futuro, lejos de invocar el título de sus predecesores, necesita romper todos los vinculos del pasado y presentarse como la expresion de la voluntad nacional, espresa y radicalmente consultada.

No existe la legalidad de origen—¿existirá á caso la legitimidad?

Entre legalidad y legitimidad, hay una diferencia, y es que la primera presupone la continuidad de un hecho justo, moral, arreglado á las prescripciones en que el pueblo delegó su propia soberania, mientras la segunda puede implicar tan solamente la posesion de una idea moral, un derecho abstracto, una clara percepcion de la verdad.

Bajo estas condiciones, la fuerza deja de ser usurpacion, para hacerse legitimidad politica, y es el peristilo ineludible de la legalidad perdida.

¿Existe la legitimidad en la situacion actual de la República?

Nosotros hemos reconocido la inculpabilidad *sicológica* de los partidos en lucha; la santidad *interna* de los móviles que los llevan á pelear con perseverancia y heroismo en cien combates.

Lástima que lo que ellos creen querer, no sea lo que quieren en verdad; ni lo que ellos creen hacer, sea lo que hacen en efecto!

Desde el primer paso de nuestra propaganda, nosotros hemos dicho:

« Lucha el partido blanco, como antes luchó su antagonista, para alcanzar el derecho de vivir tranquilo y honrado en sus hogares, con sus propiedades y sus hijos y sus aspiraciones legítimas.

« Resiste el partido colorado, como antes resistía su enemigo, para no verse obligado á morir de pobreza y de duelo en tierra extraña ó á sufrir en la patria toda clase de persecuciones y vejámenes. »

Cada cual pelea por su derecho, por su libertad, por su parte de soberanía; pero ese derecho parcial, esa libertad exclusiva, esa soberanía fragmentaria no alcanza á condensar la noción universal de la justicia, que la fuerza necesita para constituirse en legitimidad política.

Cada cual representa y es la legitimidad para sí mismo; pero dos legitimidades en un pueblo, son como dos cantidades iguales en el álgebra—se destruyen sin influir para nada en la ulterior solución de los problemas.

Ni verdadera legalidad, ni verdadera legitimidad política en la situación actual.

El triunfo de cualquiera de esas legalidades mentidas ó de esas legitimidades incompletas, no haría sino continuar sobre una base eminentemente falsa la era desastrosa de los trastornos y de las prevaricaciones en que se hunde la República.

Es necesario fundar el reinado de la legalidad á que nos sometamos todos con respeto, y para conseguirlo debemos empezar por legitimar la fuerza que presida el trabajo de la reconstrucción nacional.

Ese es el gobierno de hecho ó la autoridad provisoria que proclame el principio de la soberanía del pueblo y lo ponga en práctica inmediata con sinceridad y buena fé.

Esta soberanía no es la que el pueblo ha delegado ó ha consentido en delegar bajo condiciones que estableció de antemano; sino la soberanía originaria que reasume el pueblo cuando la delegacion y las formas prescritas para ella, se han hecho ya imposibles por las usurpaciones de la fuerza ó por cualquier otra razón.

No es la soberanía que la Constitución se encargó de reglar en su ejercicio, sino la soberanía anterior y superior, que reaparece cuando la Constitución ha perdido su imperio y no contiene en sí los medios de restablecerlo.

Todas las naciones que se han visto como la República Oriental, acéfalas de principio legal y de principio legítimo, han apelado á esta manifestación extraordinaria de la soberanía del pueblo, siempre que han querido escapar á las funestas consecuencias de la subversión moral, y fundar, á trueque de conmociones pasajeras, el reinado de la justicia y de la verdad en su política.

Bajo distintos nombres, pero siempre, espesa y extraordinariamente convocada, ha sido una convencion nacional lo que ha afirmado las conquistas del progreso y aun cegado el abismo de las revoluciones en la mayor parte de los pueblos modernos.

El nombre se presenta bajo un aspecto trágico y aterrante, porque tambien supo llevarlo aquella asamblea de furiosos que si salvó a la Francia de los extranjeros, la entregó indefensa a la potestad de un amo, llamado a cerrar la era de las facciones sangrientas; pero este ejemplo de accidental extravío, que no es posible alejar por completo de las instituciones humanas, nada prueba contra la multitud de ejemplos que otras naciones nos presentan, y en la misma Francia vemos que fué una asamblea extraordinaria, reasumiendo la plenitud de la soberanía nacional, quien dictó sobre el Sinai de la filosofía del siglo XVIII el dogma universal de los derechos del hombre.

Las Provincias Unidas, la Inglaterra, la Union Americana, la España, en los diversos períodos de su regeneracion, la Bélgica y la Holanda al constituirse separadamente, la Grecia al emanciparse, y hasta la misma Prusia, absolutista y endurecida en el absolutismo como es, ha evocado la manifestacion extraordinaria de la soberanía cuando ha querido vivificar el Poder Público y la organizacion social con un bautismo de legitimidad y de justicia.

El culto exagerado de las leyes muertas habria considerado una impiedad ese proceder anómalo; pero la clara nocion de los altos principios que rigen el buen gobierno de los pueblos la imponia como solucion fundamental de las graves cuestiones suscitadas en épocas de desorganizacion y de anarquía.

Establecer un punto de partida, a cuya formacion todos concurren y cuya estabilidad todos acepten, es el paso preliminar de una política racional y previsorá, de una política eficaz, que ni se somete al hecho consumado de los males públicos, ni se detiene en la superficie de las cosas para estirparlos de la organizacion social.

En los pueblos de la América del Sud, hemos visto tambien ese espectáculo, y nosotros mismos tuvimos nuestras grandes asambleas patrióticas en la sala de 1825 y en la constituyente de 1830.

Cuarenta y cinco años de extravíos y de prevaricaciones nos colocan de nuevo en el umbral de la vida nacional que recorrimos sin brújula entre los desórdenes de una guerra civil perpétua.

La independencia espontáneamente afirmada en la declaracion de 1825, nos ha sido mas tarde impuesta por las estipulaciones diplomáticas de dos potencias extrañas, y la soberanía que fué popularmente de-

legada en 1830, nos ha sido con posteridad arrebatada por la alternativa coalicion del extranjero con los partidos internos del país.

La independencia existe, pero hay gran conveniencia en afirmarla nuevamente de una manera solemne, nuevamente, como hay profunda necesidad de recuperar la soberanía perdida para delegarla bajo las condiciones que el derecho moderno nos indica.

Esta idea tuvo su primera iniciacion en la doble asamblea de 1853, porque los hombres de altas miras que, por el momento, influyeron en los destinos de la situacion, comprendieron que solo una apelacion extraordinaria a la soberanía del pueblo podia decidir sobre el conflicto creado por la acefalia de los Poderes Públicos y la subversion del orden constitucional.

Aquel pensamiento fracasó, y fracasó, en primer lugar porque entonces los partidos acababan de reconstruirse bajo la tutela de Oribe el uno, y de Rivera el otro, y no aspiraban ya sino a la explotacion exclusiva y personal de las posiciones oficiales; en segundo lugar, porque la timidez con que se manifiestan en su albor las ideas de toda regeneracion social, habia hecho aparecer la convocacion de la Asamblea como emanada de un artículo constitucional, no exento de apreciaciones diversas, y este religioso apego a las formalidades de un código caduco en aquel caso, a la vez que amenguaba el mandato popular y la influencia moral de la asamblea, daba armas de oposicion y de reaccion a los interesados en repartirse y afianzarse cuanto antes el codiciado lote de los puestos oficiales.

En vez de una convencion nacional, tuvimos dos cámaras de partido que se ordinarizaron eligiendo un Presidente complementario de dos años, y esto para cumplir fielmente la Constitucion de la República!!!

El pensamiento fracasó por el momento, pero reaparece ahora, y toma su filiacion legítima al presentarse con el desarrollo que le han dado diez y ocho años de esperiencia y de enseñanza práctica.

La Convencion Nacional surge de nuevo como una exclusiva advocacion de la soberanía popular, que alcanza hasta los desheredados de la ciudadanía y de la representacion.

Las restricciones del sufragio y las incompatibilidades parlamentarias, desaparecen en esta originaria y radical manifestacion de la voluntad del país.

En su ejercicio preliminar, la soberanía del pueblo no tendria mas norma que la razon natural y la práctica general de las naciones; en su ejercicio ulterior, confiado a los convencionales electos, no tendrá mas límite que el principio inmortal de la justicia, porque la justicia es superior a toda soberanía terrestre, como la soberanía es superior a toda le-

gislacion positiva, y la justicia se llama para los pueblos, se llama para nosotros: INDEPENDENCIA Y LIBERTAD DE LA REPÚBLICA.

### III.

A la luz de los principios y de los grandes ejemplos de la historia, no puede ponerse en duda que la *Convencion Nacional* es la solucion legitima y verdadera de la crisis en que la República Oriental se encuentra.

Lo que los espíritus materialistas, tímidos y rutineros no han de admitir fácilmente, es que esa solucion ofrezca ventajas prácticas y positivos que la hagan desear por los grandes intereses industriales y neutrales del país.

Estamos tan acostumbrados al espectáculo de la usurpacion y de la fuerza, que ya no tenemos fé sino en lo que la usurpacion y la fuerza quieran darnos por la espontaneidad de sus bondadosos caprichos.

No hay confianza en la paz, la organizacion, el orden, que puede dar al país una asamblea popularmente elejida, ni siquiera se cree posible la popularidad de la eleccion; olvidamos á menudo que esa imposibilidad es puramente moral y que desaparecería si nuestros partidos y nuestros gobiernos se resignasen á obedecer la ley de la democracia, á ser honrados en política.

¿La conciencia ha desaparecido del mundo, como lo dijo Edgar Quinet en un momento de desesperacion sublime, semejante á la de Bruto cuando renegaba de la virtud, muriendo por la libertad y por la patria?

Si la conciencia ha desaparecido del mundo, bien puede la humanidad desaparecer tambien porque ya no tiene mision ni lugar legitimo en el sagrado plan del Universo.

Afortunadamente para el porvenir, desgraciadamente para el día de hoy, grandes y dolorosas enseñanzas están reconciliando, á la vista de los pueblos descreidos, lo que durante mucho tiempo estuvo profundamente divorciado—los intereses morales y los intereses materiales de la sociedad.

No! sobre la mentira, sobre la iniquidad, sobre la degradacion, no puede fundarse con solidez y permanencia ni aun el edificio sibarita de las satisfacciones groseras, donde desbordan la vanidad y el lujo.

Abrazemos la justicia, la verdad, la dignidad, como los únicos cimientos sobre los cuales es posible afianzar los destinos de la sociedad y el individuo.

Un día, un solo día afirmemos el pié sobre esa base; y veremos como se siente incommovible toda la organizacion social y como el hombre levanta su cabeza con la conciencia del poder y de la fuerza.

El sufragio universal no puede espantar á nadie que se dé estrecha

cuenta de las condiciones en que vive la República; el sufragio universal existe; la Constitucion lo niega, pero el caudillaje lo afirma; lo que pretendemos que no influya con su voto, por todas partes nos apremia con su lanza, y los desheredados de la ciudadanía son los niños mimados del poder.

Reconozcamos el hecho del sufragio universal, dándole sus formas menos inofensivas y funestas, pues en ello no harán sino ganar todos los intereses conservadores en que la sociedad se apoya.

Será un gran paso, un gran alivio á nuestros males, que las masas obren en aquel terreno pacifico donde la discusion y las luces pueden solamente ejercer la supremacia, en vez de monopolizar aquel campo de guerra donde la fuerza bruta y la violencia son llamadas á empuñar el cetro.

Quitad á las masas el sufragio, y en Europa saldrán á las barricadas, y en América saldrán á las cuchillas.

Dadles el sufragio, cuyo nombre las alhaga pero cuya realidad no aprecian, y talvez se encierren en el hogar y en el trabajo muy tranquilas.

Esta primer dificultad no es tal, y las otras son de naturaleza semejante.

Los publicistas reconocen que en los pueblos hay una tendencia natural al movimiento, á la actividad, á la inquietud, y encuentran en el desarrollo de la vida municipal y de la asociacion voluntaria un régimen que dá formas cultas y moderadas á ese ímpetu, creando en esa *vida media, el intermediario entre el aislamiento de la vida privada y las conmociones de la vida política.*

Fuera de estas condiciones es sumamente peligroso que los pueblos pasen con facilidad del egoismo inerte á la revuelta armada, porque en lo moral como en lo fisico, toda contraccion exesiva produce un estallido violento.

Ese intermediario entre el *aislamiento de la vida privada y las conmociones de la vida política*, es lo que nos ha faltado para fluctuar perpetuamente entre una atmósfera de estagnacion mefítica y una borrasca de desencadenados elementos.

Ese intermediario es el que necesitamos crear; el que necesitamos buscar antes de todo.

La vida municipal y de la asociacion voluntaria con fines puramente civiles, requiere hábitos de que nosotros carecemos y que no se adquieren un día; á la larga es el remedio eficaz; por el momento no influiría sobre las síntomas de una enfermedad aguda y violentísima.

Las pasiones están demasiado exitadas, para que pudiesen adaptarse á un cambio tan brusco, á una transición casi contraria.

Los extremos á los cuales nosotros necesitamos buscar intermedio, no son ya los que existen por lo común en las naciones; y variados así los datos del problema, también debe variar la solución.

El desenfreno de la guerra civil y la repulsión del desencanto, á nuestro juicio solo pueden tener por campo intermediario, esa gran asamblea que, reasumiendo la plenitud de la soberanía nacional, á los unos ofrezca un hermoso palenque de grandiosas luchas, y á los otros un horizonte vasto de regeneración social.

Una asamblea ordinaria llamada á deliberar sobre los hechos del pasado ó del momento, no alcanzaría el resultado que se busca, porque en ella las mismas pasiones de la lucha armada tendrían á cada paso una ocasión de entrenchocarse, y las aspiraciones hoy latentes no encontrarían un campo donde desarrollarse con ventaja.

Esto lo que sucedió en 1852, cuando las apreciaciones históricas ó la redacción de leyes insignificantes sublevaba tempestades parlamentarias que produjeron el motín primero y la conflagración más tarde.

De la *Convención Nacional*, no saldrían las llamaradas siniestras de la guerra, sino los vivificantes resplandores de las ideas modernas, de las grandes reformas políticas y sociales que están operando la transformación del mundo.

Allí, no irían los hombres á fallar sobre las tradiciones caducas ni sobre los hechos transitorios en que se injieren las pasiones mezquinas de partido, y cuya solución se busca tal vez en nombre de los intereses de circunstancias dadas;—no!—allí se iría á discutir sobre las bases fundamentales que han de servir á la futura organización de la República, y estas bases tienen naturalmente que buscarse en la satisfacción de los intereses generales y permanentes que forman el fondo mismo de toda sociedad civilizada.

Si colocados en esa altura sublime, adonde no llegaría el rumor de las aspiraciones bastardas que la guerra civil nos legue, y donde aparecerían en toda su pureza los cielos atrayentes del ideal, no fuesen capaces los partidos de levantar su espíritu y de regenerar su índole en la purificación reconstructora de los principios que más influencia ejercen sobre la inteligencia y el corazón del hombre, forzoso sería renegar de toda idea moral y justa y democrática, para santificar la fuerza y la usurpación y la violencia, como el Maquiavelo exagerado que acaba de retratar con májico pincel la degradación y la corrupción de nuestra época.

¡ Que afrenta para los orientales, y sin embargo, nosotros mismos

nos encargamos de darle la razón! suponernos incapaces de otra cosa que guerra civil, profanación, vergüenza!

La *Convención Nacional* es nuestra tabla salvadora en el naufragio de la conciencia pública.

Si no tendemos las manos hacia ella, con toda la fé de la desesperación, dejamos que la ola de la corrupción política y social ahogue hasta el último aliento de vida de la República.

La *Convención Nacional* es una inmensa válvula para dar salida á toda la podredumbre que el divinizado imperio de la fuerza ya introduciendo en el organismo público, á la vez que un cauce abierto á los elementos de moralidad y de progreso, cuya eterna fuente vive en las entrañas de la soberanía del pueblo.

De la *Convención Nacional* surgirían la libertad y la paz—todo lo que constituye el orden público; y así los intereses materiales, los intereses conservadores del país, encontrarían afianzado un porvenir de satisfacción y desarrollo.

En el recinto de las soberanas decisiones, habría sin duda tempestades, pero esas tempestades benéficas, donde el rayo y el huracán de la elocuencia descargan á la atmósfera política de miasmas y de electricidad peligrosísimas, dejando ver en seguida un limpio cielo de sonrisas y esperanzas para el pueblo.

La lucha armada no saldría de esos debates solemnes sobre principios universales y eternos, sin conexión con las pasiones del pasado y sin influencia sobre las tendencias violentas de los hombres; pero aun suponiendo que una lucha pudiese originarse de ese modo, sería una de esas luchas fecundas y sagradas á que la humanidad debe la dolorosa dignificación de su existencia.

Luchas han tenido todos los pueblos libres de la tierra, Inglaterra, Holanda, Bélgica, Estados-Unidos, Suiza..... y apesar de sus inevitables males, han recojido en ellas energía vital para remontar en la escala indefinida del progreso.

Luchas ha tenido la República Argentina, pero desde que en 1853 grandes cuestiones de organización nacional se convirtieron en nobles banderas de combate, la libertad y la paz empezaron á encontrar el justo medio en que reposa su equilibrio estable.

Las luchas que desquician y corrompen y arruinan á los pueblos, son estas luchas frenéticas y personales, de donde los principios se retiran para dar lugar á las pasiones, y de donde la conciencia del derecho desaparece entre las brutales embriagueces de la fuerza.

Son estas luchas que desquiciaron y corrompieron y arruinaron á la Grecia, á la Italia, á la Polonia, pueblos grandes y viriles que por ellas

cayeron como débiles esclavos bajo el poder del despotismo y de la dominacion estrangera.

Son estas luchas, cínicamente escépticas y materialistas, en que un tribuno revolucionario, ilustrado representante de un partido, declara que no hay ni puede haber sino partidos personales, y un hombre de Estado, Ministro de un Gobierno en pie, proclama que no hay ni puede haber sino gobiernos usurpadores é ilegítimos!

Reneguemos de esas luchas impias, y hagamos juramento de no volver á ellas.

Aceptemos el pensamiento de la *Convencion Nacional*, sea cual sea el que haya tenido la honra de iniciarlo, y despues veremos si la soberania del pueblo nos consagra como apóstoles pacíficos de un evangelio político, ó nos arma como valientes soldados de una cruzada gloriosa.

Carlos Maria Ramirez.

#### El gran peligro de la anarquía entre colorados y blancos.

Vuelve á recrudecer la guerra, como una de esas devastadoras epidemias que traslijeros instantes de benignidad y de calma se presenta con mas furia á reclamar su tributo de victimas queridas y de lágrimas amargas.

¿No basta para saciar las ambiciones guerreras de los partidos políticos, tres batallas campales é innumerables combates?

¿La sangre de *Severino*, de *Corralito*, del *Sauce* y de tanta riña encarnizada como han presenciado nuestros incultos campos, no son un holocausto suficiente en el altar de los antiguos odios?

¿Mas y mas, exigen todavía las pasiones violentas que cada partido enciende, los manes irritados que cada partido evoca, los dioses implacables que cada partido adora?

Maldicion! maldicion sobre los partidos actuales, si persisten en resolver por las brutalidades de la fuerza, lo que no deben resolver sino las decisiones de la soberania del pueblo!

Estas luchas personales, donde los resplandores de la gloria militar no tienen un solo rayo de la idea democrática; donde el heroismo no solicita sus arranques á un principio que legitime la victoria ó santifique la derrota; donde la destruccion se hace sin dejar entre sus escombros el mas pequeño gérmen de una conquista humanitaria; donde la sangre de los hermanos corre á mares sin abonar el árbol de la transforma-

cion social; donde el llanto y el luto de las madres es tambien el llanto y el luto de la gran madre que nos abraza á todos en su seno;—estas luchas impias colocan á los pueblos fuera del derecho, de la moral y de la civilizacion, empujándolos con fatalidad irresistible al abismo de la esclavitud doméstica ó de la servidumbre nacional.

Las sociedades humanas no pueden soportar la calamidad de la anarquía, sino cuando ven en ella un accidente transitorio, de cuyas convulsiones es posible que resulte la formacion de un orden lejítimo y estable; pero cuando en el fondo de esos estremecimientos dolorosos, no se descubre el elemento de una reaccion benéfica, y el caos parece tomar las formas de un estado de cosas permanente, las sociedades humanas abdican de su dignidad y su derecho en cambio del reposo material que se presenta como la inmediata y mas premiosa de sus necesidades colectivas.

Es así como se han levantado los tiranos y se han establecido las dominaciones extranjeras en el mundo.

Cada faccion acepta un jefe,—vale decir un despóta, si de facciones se trata,—ó solicita el concurso extraño, para subyugar mas fácilmente á la faccion adversa, hasta que la masa de la poblacion desesperada ante los males de la inseguridad continua y perversa por tan funestísimos ejemplos, acepta un dictador ó solicita un amo extraño que los subyugue á todos y restablezca la base fundamental del orden público.

Esa es la historia de las repúblicas anárquicas, desde los tiempos mas lejanos hasta nuestros mismos días; desde las Repúblicas de Grecia hasta las Repúblicas de Italia y desde las Repúblicas de Italia hasta las repúblicas de la América española.

Esa es la historia de todos los pueblos de la tierra, donde los partidos políticos perdiendo toda bandera de principios y toda nocion de moral y de justicia, se entregan á combates personales en que la intolerancia, la proscripcion, el esterminio, el caudillaje (1) y la intervencion estrangera, todo es aceptado como arma de dominacion y de guerra, como légitimos medios de conservarse en el poder ó de alcanzarlo.

Tengamos en cuenta esos ejemplos que nos hablan con una elocuencia aterradora!

La implacable Nemésis de la historia no es probable que haga gracia á esta República, si los orientales persisten en mantener las condiciones que provocan toda la severidad de su fallo inapelable.

La sociedad quiere reposo, reposo á todo trance, y si no le damos el

(1) El caudillaje no es sino la denominacion que damos en América á la prepotencia que las facciones conceden por lo general á sus jefes.

reposo de la paz basada en el ejercicio de las instituciones democráticas, tengamos por seguro que la sociedad lo buscará en la consolidación de un *poder fuerte* que se constituya por la dominación de un hombre audáz ó por la dominación del extranjero.

En los pueblos como en los individuos, hay ciertas aspiraciones que necesitan satisfacer de cualquier modo; arrebatarnos el medio de satisfacerlas con honestidad, es obligarnos á que las satisfagan con delito.

Cerrad al hombre las puertas del trabajo é inevitablemente lo llevaréis al robo.

Quitad á la mujer la sociedad, é inevitablemente la arrojaréis al seno de la prostitución.

Suprimid la seguridad á los pueblos, é inevitablemente los conduciréis á la abdicación, á la degradación, al servilismo.

Hemos dicho la seguridad, porque en efecto es bajo esa forma práctica y sensible que los hombres comprenden los fines del estado social y aprecian los beneficios de las instituciones vijentes.

La libertad pública, se ama y se desea, cuando se manifiesta con arreglo á la definición de Montesquieu perfeccionada por los pensadores modernos—cuando *el gobierno es tal, que un ciudadano nada tiene que temer de otro ciudadano ni del gobierno mismo.*

La anarquía de los partidos orientales ha hecho que los ciudadanos de un partido, estén continuamente amenazados por los ciudadanos del otro partido, y el país entero amenazado á su vez por el gobierno.

Simplificar el peligro, y reducir las causas de la inseguridad, aparece como una transición indispensable á las naciones que llegan á perder la esperanza de salvar por otros medios, tan insoportable situación.

A las violencias de los bandos mezcladas con las violencias del Poder, las naciones prefieren de muy buena voluntad la omnipotencia de un Poder que refrene el desborde de los bandos, restableciendo la quietud en el Estado.

Es la desesperación, el sentimiento que arroja á los pueblos en brazos de un tirano; pero los sofismas de los espíritus débiles y las sugestiones de los intereses bastardos no tardan en dorar las cadenas de la esclavitud con la esperanza de una regeneración social, y el tirano es aclamado, no solo como un pacificador, sino como un libertador también.

Los verdaderos amigos de la libertad, quedan entonces como utopista insensatos, ó como odiosos monstruos que se empeñan en volver á la época de las desgracias pasadas.

Esta es la enseñanza eterna de la historia, y ocioso fuera desarrollarla aquí, porque todos conocen sus ejemplos.

¿No nos intimida el infalible extremo á que conduce este camino de las facciones irreconciliables y feroces?

Cierto es que no aparece todavía en el horizonte político, la figura poderosa de aquel hombre á quien nuestras disensiones eternas y vuestras preverificaciones perpétuas entreguen algún día las libertades y la dignidad de la patria.

Asoman solamente, como pasajeras amenazas de una época, la caricatura de algun caudillo vulgar ó de un ambicioso comun, reclamando su turno en el despotismo de partido que envenena las llagas de una anarquía general.

Cierto es que hay en nuestros hábitos, profundamente democráticos y en nuestra virtual altanería de carácter, un obstáculo invencible al despotismo indígena que pretenda salir de nuestras propias filas.

¿Estamos entonces garantidos de que la anarquía oriental no seguirá los destinos de todas las anarquías de la tierra?

Ah! si todo nos aleja y nos separa de la esclavitud doméstica, todo nos acerca y nos conduce á la servidumbre nacional!

Nación débil, y muy débil, tenemos en la frontera un gran coloso que desde la mas remota edad codicia nuestro territorio, necesario al desarrollo completo de sus intereses comerciales y políticos; un gran coloso que ya nos hizo sentir en otra era el yugo seductor de su dominio.

Todo conspira para abrirle las puertas de la patria, donde no le resta ya sino lavar el estandarte de conquista; sus hijos, sus hábitos y su mismo idioma son los dueños de una tercera parte del Estado!

Sus handeras, que el heroísmo oriental arrojó un día al polvo de vergonzosas derrotas, han vuelto á nuestro suelo por nosotros mismos evocadas, y por nuestro propio esfuerzo vencedoras.

En 1854, lo llamaron como salvación suprema todos los partidos coaligados.

En 1858, lo aceptó el partido blanco para vencer al partido colorado.

En 1865 lo aceptó el partido colorado para vencer al partido blanco.

Y siempre que el coloso se ha presentado á influir en los destinos de la política oriental, la población pacífica ha saludado con júbilo al Mesías.

En 1857, se le recibió con la esperanza de que pondría fin á las revueltas.

En 1858, se le recibió como un recurso extremo para evitar la prolongación de la guerra.

En 1865, se le aclamó como destinado á consolidar el dominio definitivo de un partido y la pacífica sucesión de sus gobiernos.

Tras aquel 20 de Febrero, en cuyo día quiso el ministro del Imperio vengar el gran desastre de Ituzaingo, vino un tiempo de notables ade-

lentos industriales y de inacostumbrado desarrollo material, porque creyó el país encontrar al fin la base de una tregua duradera á los incesantes trastornos que lo afligen.

Y todo volvió al estacionamiento normal, y todo fué inevitable decadencia, como se convenciera el país de que la ahanza era una alianza efímera, y no el pretexto de una dominación estable, porque el buitre no juzga á su codiciada presa bastante desangrada para sujetarla con seguridad entre sus garras!

He ahí, como la anarquía espantosa de los bandos, puede colocar á un país en la situación desesperada de anhelar, como una bella edad de oro, la degradación de todo lo que constituye el sentimiento nacional.

Si los partidos se creen autorizados á traer el extranjero para continuar sus sangrientas y salvajes disensiones, ¿porqué la población pacífica no estaría autorizada á traerlo para poner fin á esos escándalos, para restablecer el orden, la quietud, la paz, para tener siquiera las apariencias de la vida civilizada y decente?

Dadas las premisas del mal, nunca la lógica de las cosas deja de establecer hasta la última de sus consecuencias.

En la mayor parte de las conquistas de la tierra, mas culpable que el pueblo conquistador es el pueblo conquistado.

Preguntad á la Grecia, á la Italia, á la Polonia.

Ellos han pagado con siglos de esclavitud y de ignominia, el extravío tenaz de sus facciones irreconciliables y feroces.

Nuestra pluma tropieza á cada paso con la historia, porque las lecciones de esa gran maestra nunca se aplicarán con mas exactitud que á los sucesos de la República Oriental.

Si los partidos se aferran á su fatal sistema de intolerancia, de esterminio y de rencores que hacen aceptar como legítimos todos los medios capaces de dañar al adversario, produciendo así una interminable cadena de represalias, exesos y extravíos que hieren á la sociedad de estupor y de vergüenza, no queda á la independencia oriental otra defensa que la propia virtud de su verdugo, la imposible severidad del seductor resistiendo á profanar la honra de la hermosa que voluntariamente se le entrega!

En cierta pendiente de la vida pública, los mismos elementos cuya índole es favorable al bien, no hacen sino robustecer la fuerza impulsiva del mal y apresurar la caída en el abismo á que se marcha.

Apesar de todas nuestras miserias y desgracias, la riqueza y la población aumentan, obedeciendo esa ley de vejetación que rara vez llega á suprimirse por completo en las sociedades modernas; y esa riqueza y esa población que aumentan son nuevas fuerzas que se agregan á recla-

mar imperiosamente el grado de seguridad imprescindible para la satisfacción de su destino.

Esos intereses materiales no van á contentarse con la letra muerta de las instituciones, ni con la viva declamación de los tribunos; lo que quieren es la libertad en el orden; no teniendo ni la libertad ni el orden, buscarán el orden sin la libertad; y conseguirán su objeto.

La inmigración extranjera es la gran esperanza de los pueblos de la América del Sur; pero también su gran peligro, su perdición sin duda, si no saben establecer una situación propicia que le haga amar el suelo, las instituciones y la nacionalidad á que se acoge.

Los Estados-Unidos solo consiguieron formar una profunda unidad nacional con los mas heterojéneos elementos, porque lo fundian todo en el gran molde de un estado social que ofrecía á los dispersos de los pueblos oprimidos de la Europa un verdadero paraíso de garantías legales y de pacífico progreso.

Y nosotros, inscribiendo en nuestros documentos públicos la concesión de liberalidades y franquicias que ningún otro pueblo ha otorgado al extranjero, vemos que cada nacionalidad se reconcentra dentro de su propio círculo y se dá públicamente el título de *Colonia*, haciendo de nuestro territorio el asiento comercial de factorías semejantes á las que los europeos tienen establecidas en Oriente.

Y la culpa no es del extranjero, como á veces se dice injustamente; la culpa es nuestra; exclusivamente nuestra, porque con nuestras encarnizadas y repugnantes diverjencias hacemos odiosas las instituciones y la nacionalidad á que adherimos, dando nosotros mismos el ejemplo del divorcio nacional y del desprecio por la dignidad sagrada de la patria.

Sigan los partidos orientales esa senda; siganla si quieren; pero despues, mas tarde, cuando el extranjero invada entre las aclamaciones de la población neutral, en vez de protestar contra la población neutral y el extranjero, dejen caer la maldición sobre ellos mismos, que con su obcecación y su extravío hicieron odiosa é imposible la independencia de la patria!

*Carlos María Ramirez.*

#### **Una página de historia, á propósito del apologista de la fuerza. (1).**

« Lo que abrumó á las repúblicas italianas, fué que á los gérmenes de discordia amontonados en su seno, vinieron á mezclarse algunos de

(1) En el próximo número publicaremos el capítulo de Quinet sobre Maquiavelo y Guichardin — será mas contundente aun para los artículos de *Unos de la Defensa*.

actividad mas funesta todavia. El único freno que puede moderar y contener los extravíos de los partidos, es el respeto de la independencia nacional, la vergüenza consiguiente á los exesos que podrian ponerla en peligro. Ahora bien, ese freno cayó durante las largas guerras, cuya señal dieron los esfuerzos de los principes de la casa de Souabe por volver á la corona Imperial sus antiguas prerrogativas. La conflagracion fué general. En todas partes, se peleó en pró ó en contra del restablecimiento de la soberanía imperial; en todas partes, *hubo guelfos y gibelinos antes que ciudadanos*; no quedó un Estado donde cada uno de los dos partidos en lucha no contase en el exterior hombres que defendian allí su propia causa, aliados, cuyo apoyo se solicitaba en caso necesario, contra sus propios compatriotas.

El patriotismo no resiste á tales pruebas. *La introduccion del extranjero en los conflictos á que daba lugar la eleccion de los gobiernos, no tardó en debilitarlo*, y vino el momento en que su estincion dejó al espíritu de partido libre para desplegar toda su potencia desorganizadora.

Es la tendencia natural de los partidos inmolar los intereses generales á su interés particular. En Italia donde las violencias que ejercian unos contra otros, hacian cada vez mas temibles las derrotas, se acostumbraron á buscar á todo precio la victoria.

No hubo iniquidad, traición, atentado, asesinato ante el cual retrocediesen, si esperaban de él algun provecho; y los ejemplos que dieron se hicieron del mas fatal efecto.

En verdad, *es imposible que la ley moral se doblegue en una de sus aplicaciones, sin doblegarse al mismo tiempo en las demás*. El desprecio de sus relaciones con la vida pública, arrastra necesariamente igual desprecio en la vida civil. Las armas de que se sirven los partidos para llegar á sus fines, los individuos acaban por creerlas licitas en la prosecucion de las ventajas que ambicionan: *La corrupcion descende de las regiones donde estallan los conflictos políticos hasta aquellas donde se entrechocan las revalidades, la codicia, los intereses privados, y á medida que estiende en ellas sus destrozos, roe los fundamentos en que reposan las libertades sociales*.

Las repúblicas italianas no son las únicas, que hayan ido á su ruina por la degradacion moral; tal habia sido en el mundo antiguo la suerte de las repúblicas griegas. Entre estas, habian existido desde su origen, dos partidos compuestos, uno de nobles y de ricos, otro de la masa de la poblacion libre: Esparta, cuando la guerra del Peloponense tomó al primero bajo su proteccion; Atenas dió la suya al segundo; y al punto el sentimiento cívico perdió su energia tutelar en los Estados, donde la intervencion estrangera fué aceptada por los que se disputaban la direccion de los negocios. Desde entonces el espíritu de partido

*venció al patriotismo*; las pasiones rencorosas que aquel suscita crecieron en violencia y exesos cada vez mas graves arrojaron en las ideas y las costumbres las mas funestas semillas de depravacion. De ahí, la degeneracion del carácter nacional, de ahí, esa duplicidad, esa infidelidad á los compromisos, esos sacrificios al egoismo que señala Polibio, y que haciendo á los griegos incapaces de todo acuerdo en el empleo de sus fuerzas, los dejó á merced de las empresas de Roma.

En Grecia, sin embargo, el mal no tomó las proporciones enormes que adquirió en el suelo de Italia; no tuvo á la opinion letrada por cómplice; los filósofos mas ilustrados la combatieron sin tregua y le buscaron el remedio. En Italia donde los motivos de discordia eran á la vez mas numerosos y mas complexos, donde el sentimiento religioso habia desfallecido ante el abuso que Roma hacia de su autoridad en provecho de intereses sórdidos, la teoria descendió tanto como la práctica, y los preceptos no valieron mas que los actos. *Salir bien, poco importa el precio, tal fué para cada uno, el fin supremo en todo; el elogio correspondia al éxito; la condenacion á la derrota, y Maquiavelo escribiendo el libro del Príncipe, no fué sino el eco, el editor ingenioso y erudito de máximas admitidas tanto por los bellos talentos del pais como por los príncipes á quienes enseñaba, junto con el arte de deshacerse de sus riva'es, el de conservar y engrandecer sus gobiernos*.

*La degradacion de las conciencias; hé ahí lo que condujo á las Repúblicas Italianas á la servidumbre. Si las nociones de justicia y de deber hubiesen guardado allí su poder natural, las pasiones vengativas y codiciosas habrian encontrado un freno que les faltó, y no hubiera sido su accion tan disolvente. Por otra parte, sociedades menos desunidas, porque hubiesen sido mas honradas, habrian inspirado mas respeto; los ambiciosos habrian osado menos y la era de las tiranías no habria llegado entonces.*

(H. Passy—Des formes de gouvernement—chapitre XII pag. 335 á 338.)

### El General Papel Moneda.

No será Suarez, ni Borges, ni Aparicio, ni Muñiz, quien consiga terminar la guerra actual.

Otra entidad vá á presentarse en breve, al frente de uno de los bandos enemigos; y entonces se verificará uno de los dos extremos de esta alternativa de fierro; ó lo hunde por las resistencias que le atrae, ó lo salva por los recursos que le ofrece.

Ya no puede ponerse en duda que el papel moneda viene, y viene á tambor batiente para ocupar el alto rango que le toca en la prolongacion de la guerra.

Las contribuciones exageradas y los empréstitos leoninos han caído en desprestigio y quedan relegados al Estado Mayor Pasivo de la Hacienda.

¿Quién va á ocupar su puesto?

El papel moneda; indudablemente—el papel moneda.

No lo podrán evitar todos los escrúpulos que despierta en las conciencias honradas, ni todos los obstáculos que la opinion de partido le oponga.

Partidarios de la guerra y partidarios del papel moneda, no pueden separarse sin contradiccion y sin absurdo.

El que quiere el fin, quiere los medios, los únicos medios que pueden conducir al fin.

La guerra necesita plata, mucha plata, dadas las condiciones del Ejército y de la administracion; si quereis al monstruo, dadle su alimento, pero advertid que este cancerbero no se aplaca, ni se contenta con un dulce.

Paralizada la industria, arruinado el comercio, depreciados los valores, esquilmas las rentas y muerto el crédito nacional, la guerra se ha cegado á si misma la fuente natural de sus recursos, y necesita crear una fuente artificial que le dé vida.

En circunstancias tales, el papel moneda es una de las mayores calamidades que pueden pesar sobre los pueblos.

Reflexionando un poco se vé que la creacion ficticia de moneda puede tener dos fines ó aplicarse á dos situaciones distintas.

Es una medida económica ó una medida política; un remedio heroico para salvar el comercio de un pais ó para salvar una causa.

No emitimos aquí una opinion; solo describimos un sistema.

Sucede con frecuencia en las naciones que todos los ramos de la actividad industrial toman un impulso extraordinario, contando sobre el porvenir, por las facilidades que les ofrece el crédito, hasta llegar un momento en que cualquier acontecimiento inesperado y pasajero produce una violenta retraccion de la confianza pública; entonces, como una máquina á vapor que en lo mas fuerte de su movimiento, pierde el aceite que dá fácil juego á sus resortes, y se entorpece y rechina, amenazando estallar á cada instante, la máquina económica siente su accion trabada, sufre conmociones bruscas, y corre peligro de romperse con estrépito, si tal estado de cosas se prolonga.

Es en este caso, que los gobiernos han dicho algunas veces: impidamos la catástrofe; fabriquemos la sustancia que supla transitoriamente para hacer andar la máquina, y confiemos en que su misma accion nos

dará bien pronto los medios de suprimir nuestra ingerencia, dejándola entregada al imperio de sus leyes naturales.

Los economistas, en general, sin justificar precisamente esa medida, sin dejar de señalar los abusos á que se presta y los peligros que entraña, reconocen que alguna vez puede dar sus resultados y beneficiar á los pueblos.

Entre ese papel moneda económico y el papel moneda político, hay un abismo inmenso.

La situacion á que se aplica este, es todo lo contrario de la situacion á que se aplica el otro.

Cuando todas las industrias se encuentran abatidas, la actividad social paralizada y el crédito nacional completamente muerto á causa de las conmociones políticas, los gobiernos ven agotados sus recursos, y sin esperanza de alcanzarlos, desde que persistan en mantener las causas que engendran ese resultado funesto; entonces, para llenar las arcas á donde no llega el producto natural y lejítimo del impuesto y del empréstito, fabrican para su uso particular unos títulos fiduciarios, que bautizan con el nombre de moneda y que imponen en las transacciones del pueblo.

En esta medida no entran para nada los intereses del comercio, sino exclusivamente los intereses de la Hacienda.

Dada una situacion como la que dejamos bosquejada, el capital y el numerario abundan, no porque su cantidad sea absolutamente grande, sino por que mas escasos son aun los empleos que se presentan á sollicitarlos.

El nuevo capital ficticio, el nuevo numerario artificial, no hace mas que traer mayor depreciacion de los valores, y multiplicar incalculablemente la inseguridad de las transacciones comerciales.

Como la medida contribuye á empeorar la situacion económica, cada día el Estado se vé mas impotente para volver al rejimen normal; nuevas emisiones se agregan á las ya existentes, y el papel moneda se convierte, no en oro ni plata sellada sino en desastrosa plaga que se infiltra en todos los elementos de la organizacion social.

Este es el papel moneda que se viene á tambor batiente en la República, y al cual muy pronto le empezarán á sacar el sombrero todos los que mucho pueden obtener de sus favores.

Y sin embargo, justo es decir que ese mismo papel moneda, se ha presentado casi siempre al frente de las grandes guerras de los pueblos modernos.

Es un general cosmopolita !

La Francia tuvo su papel moneda en las guerras de la revolucion y del imperio.

Lo tuvo la Inglaterra en sus guerras contra la Francia revolucionaria e imperial.

Lo tuvieron los Estados Unidos del Norte, en sus guerras contra el yugo colonial y contra el yugo de la esclavitud.

Lo tuvieron algunas repúblicas de la América española, en sus guerras contra la dominacion de la metropoli.

Lo tuvo la Grecia en su guerra de emancipacion contra el alfange musulman.

Lo tuvo la Rusia en su guerra contra las cuatro naciones coaligadas.

Lo tuvo el Austria en su guerra de 1848 contra Italia.

Lo tuvo tambien la Italia en sus guerras de 1866 y 1859 contra el Austria.

¿ Qué dicen estos grandes ejemplos de la historia ?

¿ Dicen acaso que no hay mas que hacer y prolongar una guerra, sosteniéndola, á precio de la ruina y de la miseria del pueblo ?

¿ Dicen que la usurpacion audaz tiene derecho á exigir el sacrificio heroico ?

No! lo que dicen esos grandes ejemplos de la historia, es que cuando un pueblo se siente inspirado por una mision divina, el representante de una gran idea, el soldado de una causa santa, ó cuando tiene que arrostrar las responsabilidades de una guerra nacional, los intereses materiales y transitorios del pais pueden imolarse en holocausto de los intereses morales y sagrados que solo por ese recurso extremo tienen salvacion posible.

Así, la cuestion del papel moneda, no es una cuestion económica; es una cuestion política.

Si el gobierno actual es el representante de la patria, de las instituciones y del porvenir; si la guerra actual es santa y debe llevarse hasta sus últimas consecuencias de destruccion y de esterminio, antes que aceptar la mas pequeña transaccion con el rebelde, el papel moneda no solo es un derecho, sino un deber supremo que la necesidad impone á la situacion, una vez constatado, como lo dicen todos, que no hay otro medio de proporcionar recursos al Estado.

Esto es lo que hace débiles á los partidarios del Gobierno y de la guerra, cuando pretenden hacer objeciones al papel moneda, sin presentar los medios eficaces de suplirlo.

La lójica los anonada, sacando las consecuencias de la premisa que ellos mismos han sentado.

La guerra á todo trance, es el papel moneda á todo trance; y lo será

dentro de mas ó menos tiempo, bajo un nombre mas ó menos franco y verdadero.

Todo varia para los que se colocan en el punto de vista que elegimos los ardientes partidarios de la paz.

Creyendo que la guerra no tiene razon de ser legitima; que una transaccion conciliadora es eminentemente moral, que una apelacion sincera á la soberania del pueblo, es eminentemente salvadora nosotros afirmamos que el papel moneda es la ruina y la miseria impuesta al pais, sin justificacion y sin objeto; un sacrificio violento en nombre de intereses bastardos y de consideraciones falaces.

La necesidad nacional, no es una guerra sin bandera ni porvenir benéfico; es una paz honrosa y regeneradora.

Lo que demanda sacrificios, grandes sacrificios, es esa paz fecunda; y no esa guerra estéril.

Perdidos los intereses morales del Estado, no acabemos de perder los intereses materiales que nos quedan.

Salvemos los intereses morales y los intereses materiales—salvemos todo, en una gran advocacion á la soberania del pueblo, que concentre las fuerzas dispersas de todos los partidos y del pais entero.

Hagamos una tentativa al menos por salir de esta situacion tan lamentable; no nos hundamos á sabiendas en el reinado de la fuerza y de la inmoralidad, que preconiza un Ministro del Gobierno actual.

La opinion pacífica é ilustrada debería ponerse en pié para evitar esta última y desastrosa consecuencia de la usurpacion que de tiempo atras soporta el pais, con ceguedad ó resignacion funesta.

Hay que desvanecer el fantasma de las necesidades ficticias.

Se increpaba á un libelista la fealdad de las calumnias que derramaba en sus escritos, y se escudaba él diciendo que *necesitaba vivir*.

—No veo tal necesidad, le replicó el contrario.

Esa contestacion es la que la opinion pacífica debe dar al Gobierno del General Batlle, cuando se presenta á solicitar el papel moneda, por que *necesita vivir* para continuar la guerra que desquicia actualmente á la República.

Carlos Maria Ramirez.

## LOS PALMARES.

NOVELA ORIGINAL DE  
CÁRLOS MARIA RAMIREZ,

XV.

A esta escena de horror, siguió una escena de silencio. Tu capel se

tendió al lado de María Angélica, levantando sus manos hacia el cielo en esa actitud sentimental que los perros toman cuando parecen implorar a sus amos el perdón. Eduardo permaneció de pie, mirando con los ojos fijos aquel cuadro indefinible.

María Angélica volvió al fin sobre sí misma y fué a sentarse desfallecida junto a su tabla de lavar. Eduardo la siguió; estendió su poncho de vicuña bajo el sauce y se sentó al lado de ella.

Era un día de calor sofocante y bochornoso; ardían y brillaban las piedrecillas de la arena; el bosque inmóvil parecía suspender el curso de su vida; la chicharra cantaba en la espesura y blancas mariposas se mecían blandamente en el espacio; una resolana de fuego bañaba el aire de aquel sitio y lo envolvía en vapores embriagantes de voluptuosidad y de amor.

—María Angélica, dijo Eduardo con voz nerviosa y grave, hace muchos días que busco desesperado la ocasión de hablarte. Ayer y hoy, he dado una gran vuelta por el campo, he costado el monte llevando de la rienda mi caballo; encontré un camino desconocido y me lancé a él; dejé mi caballo atado a un árbol y eché a caminar por la espesura. He saltado zanjas y tembladeras; he atravesado las espinas; me he arrastrado bajo el tejido maciso de las enredaderas, he perdido el rumbo varias veces, pero he llegado al cabo sin que nadie me aperciba ni pueda sospechar jamás que vengo a verte.

María Angélica escuchaba todo aquello sin levantar su vista del arroyo, sin hacer un gesto, en esa inmovilidad que toma la fisonomía humana cuando ya la materia es impotente para espresar las sensaciones y los movimientos del espíritu.

—Has hecho todo lo posible, continuó Eduardo después de una pausa breve, para que no llegue hasta la sombra de este árbol. He visto desde mi ventana a *Tucapel* que se iba con don Feliz; fuiste tú quien lo detuvo.—Apuesto la cabeza a que si ahora me has librado de sus garras es tan solo por el miedo del escándalo que mi cuerpo despedazado en este sitio produciría entre los peones de la *estancia* y entre los vecinos del otro lado del arroyo.

Y Eduardo acentuó con fuerza estas últimas palabras. El argumento iba completamente en falso, pero tuvo la virtud de conmover a María Angélica que tal vez solo aquello comprendía bien en el discurso de su exaltado seductor. La niña se dió vuelta y miró a Eduardo sorprendida.

—Sí, entre los vecinos del otro lado del arroyo, repitió Eduardo. ¿Te has figurado acaso que no sigo yo todos tus pasos? No eres tan esquiva, ni tan uraña con Miguel por cierto!

María Angélica bajó sus ojos, sonrió imperceptiblemente y dejó caer la cabeza sobre el pecho.

Eduardo guardó silencio; su expresión, su voz y su actitud eran las del hombre que trata de figurarse que domina las pasiones por las cuales se siente subyugado.

—María Angélica,—tu quieres a Miguel. Sin duda él te ha prohibido que converses y que estés conmigo—¿no es verdad? Tu lo esperas el domingo y te pondrás un delantal de muselina para recibirlo. ¿Donde se sienta él cuando viene a verte aquí al arroyo? Donde yo estoy probablemente, pero mas cerca de tí un poquito. Viene con su guitarra y te canta décimas de amor; cómo te ha de inspirar Miguel el miedo y el horror que yo te inspiro! Todo eso lo sé bien; me lo ha contado quien lo ha visto.

—Es mentira, murmuró pausadamente María Angélica con el acento íntimo de la verdad y de la súplica.

—No debe ser mentira, porque tú lo quieres, y queriéndolo, consentirás en que te vea a solas y hasta se lo pedirás tú misma. Cuando la mujer quiere a un hombre, lo busca, se le ofrece y se le entrega.

Y al decir estas palabras, Eduardo se inclinó hacia María Angélica pasándole el brazo al rededor del cuello.

María Angélica dió un salto y cayó de rodillas murmurando trémula:

—No, no, no . . . eso no, por Dios!

—Miguel también debe quererte mucho, continuó Eduardo sin moverse; pero dime, María Angélica, y si yo te quisiera mas que nadie en este mundo; si tú fueras el tesoro de mi vida, la necesidad de mi alma, algo como una de esas imágenes divinas que adornan las paredes de tu cuarto; si yo solo tuviera pensamientos y corazón para tí sola. . . . dime, María Angélica. . . . ¿no llegarías a quererme un poco? Ah! como haría yo para hacerte comprender lo que te amo; la pasión extraña que me inspiras, el frenesí que has conseguido introducir en mi alma impresionada desde el primer momento en que te ví. Yo he conocido y he amado a muchas mugeres hermosas, seductoras, llenas de altanería y de gracia, pero jamás, jamás ninguna de ellas, te lo juro María Angélica, ha ejercido sobre mí el dominio y la fascinación que tú, tú, modesta hija de los campos, humilde violeta que encontré ignorada para embriagar con un perfume desconocido mi existencia. . . . Recuerdo haber estado en suntuosos, esplendentes bailes que trasportaban el alma a una región suprema de placeres y delicias. . . . ¿Sabes tú lo que es un baile? En un salón lleno de espejos, de flores y de luces, de cortinados y de adornos, una muchedumbre espesa de lujosas mugeres con el seno descubierto y la mirada lúbrica, invitando a parodiar en los grios

voluptuosos de la danza todo lo que el amor puede ambicionar en sus delirios.... ¿Y quieres que te confiese la verdad, oh! mi María Angélica preciosa? Aquí, sobre esta playa inculta, bajo estos árboles groseros y en este monótono silencio, siento un deleite mayor y mas hermoso, al contemplarte envuelta en tu recatada y tosca ropa, sin alcanzar á rozarte con la punta de mis dedos, ni conseguir de tu labio una sonrisa de cariño ó simpatía.... Y que! ya no sabias todo lo que estoy diciendo con el corazon en mi palabra? Yo he abandonado una muger; he olvidado un compromiso, he deshecho un casamiento, porque no puedo querer si no á ti, porque las demás mugeres me parecen frias estatuas de inanimada piedra cuando las comparo con tu imájen deliciosa y bien amada; porque si no llego á conseguir tu amor, haré que me abran una tumba triste en medio de este bosque donde pensé alcanzar eterna dicha y donde encontraria entonces la muerte de la desesperacion.....

A todo este discurso apasionado, declamatorio y solemne, María Angélica respondia con la inmovilidad y el silencio.

—Esto es lo que queria decirte, prosiguió Eduardo con fuego y entusiasmo: esto es lo que necesito probarte para que lo veas como se ve la luz del dia.....y si te lo pruebo y, si lo ves como se vé la luz del dia, dime María Angélica, ¿no llegarías entonces á quererme un poco? Y si me quisieras, sabes tú lo que sentirias ahora? Sentirias tambien lo que yo siento..... una fiebre y una sed que me devoran.... un vértigo fatal que hacia tí me empuja como si quisiera morir oprimiéndote en mis brazos!

Y cuando Eduardo concluyó de pronunciar estas palabras, ya se habia acercado insensiblemente á María Angélica y su aliento poderoso se confundia con el aliento oprimido de la jóven.

—Yo me voy á la glorieta, dijo María Angélica levantándose y corriendo apresurada hacia el interior del bosque.

Eduardo recogió su poncho y la siguió.

Mientras pasaba esta escena, el cielo se habia cubierto de velajes oscuros y rojizos; un huracan de fuego cernia sobre la cabeza del bosque sacudido una inmensa nube de polvo y vapores; poco tiempo despues se deshacia en abundante lluvia la borrasca.

Era la glorieta una especie de gruta sombría, formada por árboles frondosos, cubierta de enredaderas florecientes, donde no penetraba el sol ni el agua y donde María Angélica tenia por costumbre ir á descansar un rato ó á resguardarse de los rigores del tiempo.

En el tronco vencido de un añoso seibo, habia allí un asiento lleno de coqueteria campestre; sobre ese tronco fué á sentarse María An-

gélica y con las manos apoyadas en las faldas quedó mirando á Eduardo que venia hacia ella.

Eduardo se sentó á su lado y le pasó por la cintura el brazo.

María Angélica se dejó arrastrar, pero despidiendo una mirada suprema de reproches y de súplicas; en aquel instante parecian sus ojos dos esmeraldas húmedas.

Eduardo respondió imprimiendo sus labios secos en la abrasada mejilla de la jóven.

—Mi padre va á venir, dijo María Angélica haciendo un ligero esfuerzo para romper los lazos que la aprisionaban.

—No, tu padre está muy lejos, contestó Eduardo y se detuvo.

En aquel instante la arboleda se sacudia con violencia; escuchábase el ruido de las aves que vuelan espantadas entre el bosque y el inmenso murmullo de la lluvia al caer sobre las hojas; todá la naturaleza parecia sufrir una commoción intensa.

—Quién puede venir tal vez, agregó Eduardo con sobrecogimiento, es doña Salustiana.....

—Ella está enferma y nunca viene, dijo María Angélica cayendo sin fuerzas en los brazos de su amante.

## XVI.

El camino desconocido que habia encontrado Eduardo para entrar al bosque y en donde habia dejado su caballo, era un sendero estrecho que conducia á uno de los sitios en que se acostumbraba á cortar leña.

Leon era el encargado principal de ese trabajo y estaba desde muy temprano en el recóndito seno de la selva; cuando salió de allí cantando con el hacha cruzada sobre el pescuezo del caballo, divisó de lejos el hermoso *oscuro* que montaba siempre Eduardo.

—Ué, ¿que anda haciendo por aquí el caballo del patron? dijo Leon para sí mismo y se detuvo.

Miró en seguida para todas direcciones, y no vió á nadie; el caballo estaba atado al tronco de un guayabo.

—¿Y D. Eduardo? se preguntaba Leon y se rascaba la cabeza, descontento de su poca sagacidad en aquel caso.

La hora y el dia no convidaban á la caza; por otra parte no se habia oido ni se oia la denotacion de ningun tiro. El arroyo estaba muy distante y ademas Eduardo hubiera necesitado pasar el corte de madera para llegar hasta el agua y darse un baño.

—¿Y D. Eduardo? volvió á preguntarse Leon.

La idea de que aquello encerrase los indicios de la cita que María Angélica y Eduardo parecian haberse dado el dia anterior, cruzó por la

cabeza del muchacho; pero estaba aquel paraje muy distante de la *Estancia* para que fuese verosímil tal supuesto.

Leon sintió comprometida en su curiosidad el amor propio, y despues de pensar un rato, encontró el medio de salir triunfante; desató el caballo y lo llevó hasta el principio del sendero, donde se detuvo mirando á todas direcciones con cautela. Cerciorado de que nadie podia verlo, se alejó al galope, dejando suelto y con un par de *arriadorazos* sobre el anca al fogoso caballo de su amo.

—Si es inocente, se decia Leon muy satisfecho, vá á contar nada mas que la verdad; si anda en malos pasos, va a mentir; de todos modos me divierto haciéndolo trotar á pié, y él se quedará muy creído que el caballo se le fué *solito*, porque estos zonzos de puebleros ni siquiera saben atar bien su *mancarron*.

Mientras iba Leon rumiando esas reflexiones endiabladas, Eduardo llegó al sitio en que habia dejado su caballo y fué grande su sorpresa al no encontrarlo. Allí estaba el árbol á cuyo tronco habia quedado atado el animal; era imposible equivocarlo, porque al pié halló Eduardo su escopeta, media oculta entre las zarzas, como la habia dejado él mismo.

—Se ha desatado, se ha desatado este caballo del demonio, murmuró Eduardo golpeando con fuerza el suelo y echándose el sombrero hácia la nuca, y yo que lo amarré con cincuenta vueltas al rededor del tronco como si fuera á sujetar un potro!

Eduardo se sentia fatigado de su escursión audaz por la espesura y abrumado por las sensaciones violentas de aquel día; sin embargo no le quedaba mas recurso que salir y dar á pié la enorme vuelta que necesitaba para llegar á los *Palmares* por direccion opuesta á la del río.

La tormenta habia pasado; el aire estaba fresco y empapada la yerba del camino. Eduardo, con su escopeta al hombro tomó resueltamente la costa de un bañado cuyos pajonales lo cubrían, y fué á salir sobre la cima de una cuchilla elevada, desde donde aperebió las casas y vió logrado su objeto; media hora despues llegaba á los *Palmares* lleno de cansancio y empapado hasta las rodillas.

Don Félix estaba ya de vuelta y se acercó á preguntarle con el sombrero en la mano.

—¿Qué ha sido eso, don Eduardo?—*La mujer* me dijo que V. habia salido á caballo á la hora de la siesta.....

—Si, contestó Eduardo descargando su escopeta en tierra; fui á ver si cazaba unos patos que á esa hora andan siempre en la cañada; me apié de lejos, dejando el oscurito atado á una chirca grande, y cuando volví á buscarlo ya no encontré ni el rastro.—He tenido que pasar la lluvia metido entre los sarandies.....Y esto no

seria nada todavía, si hubiera traído un chorlo tan siquiera, pero vengo con las manos limpias como salí de casa!

—Con las manos limpias! repitió en tono de duda cierta voz ágría y destemplada que hizo morder; de rabia á Eduardo.

—Pues es preciso ir á buscar ese caballo, exclamó don Félix; á ver amigo Leon, monte en mi mancarron y vaya á buscarlo de un galope.

—Si, señor, voy volando; ahí no mas, por la costa, ha de haber quedado ese caballo, respondió Leon señalando hácia la parte del arroyo.

—Por la costa de la cañada, dijo Eduardo apuntando con la escopeta hácia las cuchillas de afuera.

—Por la costa de la cañada, si señor; eso mismo decia yo, replicó Leon con la socarronería de sus palabras anteriores.

Eduardo se dió vuelta sin mirarlo y entró para su cuarto. Una hora despues Leon que volvia despacio trayendo de tiro el caballo fugitivo, se encontró con Maria Angélica que volvia tambien de su trabajo.

—¿Ué, andaba esta moza por el monte! dijo Leon acercándose con calma.

Maria Angélica se estremeció y apuró el paso.

—Cómo le ha ido á la *señorita*?—¿No es una *señorita*, V. que nos desprecia á los gauchitos? Dígame una cosa—¿hacia mucho calor en el lavadero? se hubiera dado un baño para refrescarse.....de toco; modos no habia nadie que la viese!

Maria Angélica apuraba mas y mas el paso; pero Leon siempre la seguía de cerca y continuaba:

—Y dígame otra cosa ¿no es muy lindo el sauce para dormir la siesta? puede que los mosquitos no la dejen; nunca falta ese vichito en el arroyo! Del arroyo es que traigo tambien este caballo; bien podia V. haberme ahorrado el trabajo de ir á buscarlo allá tan léjos! De todos modos dicen que por su culpa se perdió.....Y mire como viene despeñada!....ha de ser el viento que anduvo jugando en la cabeza de la niña.....;

Y Leon acentuaba todas sus palabras con una risa de ironía terrible.

Jadeante y deseneajada, como si la hubiera venido persiguiendo una culebra, llegó Maria Angélica al patio de la *Estancia*; Leon paseó silbando para los galpones á desensillar el caballo de su amo.

Eduardo habia visto aquella escena desde la ventana de su cuarto y habia comprendido claramente su significado diabólico.

—Don Feliz, gritó Eduardo al viejo que pasaba por allí, hágame el favor de decirle á Leon que venga á verme un momentito.

—*Ta bien*, señor, respondió don Feliz y fué en busca del muchacho.

## XVII.

Eduardo se paseaba á largos pasos en su cuarto cuando Leon dijo desde la puerta con voz humilde y natural.

—Se le ofrecía algo, mi patron.

Eduardo sin responderle una palabra fué hácia él, lo tomó de un brazo, lo puso en el medio de la pieza y cerró en seguida con llave y pasador la puerta.

Leon estaba sereno é impassible; Eduardo estaba pálido y nervioso.

—Miserable! dijo el jóven con acento de cólera profunda y comprimida, caminando de nuevo hácia el maligno espía de sus aventuras amorosas; miserable! ¿no ves sobre esa mesa un látigo y un revolver? .... Con ese látigo puedo castigarte hasta que te salga sangre de la espalda, castigarte como á un vil esclavo. .... Con ese revolver puedo levantarte la tapa de los sesos ó acribillarte á balazos—¿me comprendes?

—Pues no ha de poder, señor, contestó Leon con voz sumisa.

—Cobarde! tienes miedo!

—No, señor, no tengo miedo; no tengo miedo al látigo porque V. no me ha de pegar con él—eso seria para peor! No tengo miedo á la pistola porque así no mas no matan á un hombre los puebleros! Ahí tiene mi cuchillo.... y diciendo estas palabras Leon tiró á los piés de Eduardo una luciente hoja de media vara de largo.

—Tómalo no mas;.....yo no necesito armas para tí! exclamó Eduardo ciego de furor y con la velocidad del rayo alzó el cuchillo y lo puso en la mano del impávido muchacho.

Leon quedó suspenso; Eduardo entonces se lanzó sobre él, lo derribó, lo desarmó al instante, lo estrujó á su antojo y se levantó por último haciéndolo rodar á puntapiés hácia la puerta.

Leon recojió del suelo su sombrero y se paró tratando de dar á su fisonomía la misma impassibilidad de antes. Eduardo que veía satisfecha su ira y puesta á prueba la humillacion del otro, restableció el orden en su traje y se sentó sobre la cama con indolencia jaclanciosa.

—Has visto, dijo al rato con acento reposado, que no puedo tenerte miedo; te habrás convencido de que si he soportado hasta hoy tus impertinencias y tus insolencias, es solo.....por no armar este barullo escandaloso.....

Leon meneó la cabeza y se sonrió.

—¿No te parece verdad lo que estoy diciendo? ¿Has creido sin duda que yo he consentido todo, por temor de que tus habladurias descubrieran algun secreto mio?

Leon se rió esta vez con injenuidad desvergonzada, y Eduardo que empezaba á sentirse anonadado por la flexibilidad de aquel carácter, agregó casi inmediatamente:

—Pues tienes razon, muchacho, no te equivocabas en tus cálculos. Desde la primer palabra que me dirijiste dándote por entendido en mis asuntos, tuve serias tentaciones de obligarte á cerrar el pico y despedirte; pero encjarme era dar importancia á tu palabra; despacharte era publicar por toda la vecindad y por la estancia misma que yo andaba en tales ó cuales aventuras. ¿Qué mas te hace á tí, muchacho vagabundo que se viste con un pedazo de jerga y lleva todo lo que necesita en su caballo y su recado, estar aquí ó estar ocho leguas mas allá ó no estar en ninguna parte las veinte y cuatro horas del día? Eres mas feliz y mas poderoso que yo mismo; te tengo prisionero y sin embargo me considero tu vencido. Muy fácil me seria hacerte llevar á un cuerpo de linea en calidad de vago, pero no soy hombre de esas cosas; puedes estar tranquilo.

Oyendo todo esto, Leon ponía un semblante placentero; Eduardo que apreciaba con viveza el buen efecto, de su discurso singular, siguió hablando con cierto aire insinuante de compañerismo.

—Pero que diablos! hoy ya no pude resistir, se me fué la sangre á la cabeza y te mandé llamar; entonces te presentas con esa facha de sin verguenza y deslavado, y todavía me haces el insulto de quedarte sin cuchillo, desarmado é indefenso entre mis manos.....Lo cierto, es que los dos nos hemos dado una buena revolcada por el suelo.....

Leon soltó la risa y se llevó las manos á la boca; Eduardo continuó:

—Bueno, bueno, pero ya todo eso se pasó y tenemos todavía muchísimo que hablar. En primer lugar, muchacho picaro, quiero que me digas á mi solo—¿qué gusto encuentras en andar contando, si yo hago esto ó si yo hago aquello?

Leon permaneció callado.

—Vamos á ver, responde.....

—¿Y quién le ha dicho que yo le cuento á nadie alguna cosa? preguntó Leon con tono de resentimiento.

—Y entonces—¿qué te propones en todas tus historias?

Leon volvió á guardar silencio, pero desarrugó el ceño.

—Vamos á ver.....¿qué te propones? repitió Eduardo poniéndole las manos en los hombros y sacudiéndolo con afecion.

—Divertirme y nada mas, respondió Leon con su risa de costumbre.

—Divertirte? picaro! divertirte! Pues mira, cuando yo era de tu edad, mas chico un poco, tambien me entretenian esas cosas. Tuve una tia á quien todas las noches la veia desnudarse, por el ojo de la llave—¿que te parece?—Pero es preciso que nos entendamos; tus diversiones me perjudican gravemente.—Don Feliz y doña Salustiana pueden apercibirse de tus bromas, y sin ser eso, Maria Angélica se asusta y se retrae. Por nada de este mundo he conseguido encontrarla sola un momentito. Ayer fui al monte, allá donde tú sin duda desataste mi caballo y traté de llegar hasta el lavadero; pero por supuesto, anduve mas de cuatro horas en el monte y al cabo fui á dar con unos zaujones pantanosos donde poco faltó para que me quedara enterrado por haber querido dar unos cuantos pasos hácia adentro! ¿Qué sacas tú con meterte al medio y estorbarme?

—Mire, señor, respondió Leon poniéndose derecho y sério; así me gusta oír hablar á un hombre. V. no mas tiene la culpa de todo lo que ha sucedido entre nosotros. Yo me acerqué á V. para servirlo y V. me despreció. No necesitaba de mí para enamorar á la muchacha; no queria seguir conversacion conmigo. Está bueno, dije yo, le va á pesar! yo soy como el zorro para seguir el rastro de la gente que anda en malos pasós; no se me escapa nada. Si V. no me hubiera despreciado, puede que le hubiese servido para mucho; yo sé cómo se vá derechito al lavadero de cualquier parte del monte en que me pongan; yo sé cómo se hace para encontrar solas á las mozas.... Ahora que V. me habla como á un hombre, estoy á su disposicion y lo ayudaré en todo lo que pueda....

Este discurso que Leon entrecortaba con los gestos mas estraños y salpicaba de las pronunciaciones mas disparatadas, hizo un efecto maravilloso en el ánimo de Eduardo, que exclamó lleno de contento.

—Bien, muchacho, bien! Tu ayuda me seria muy útil, ya lo creo! y te la agradezco como si la recibiera.

—Otra vez me quiere despreciar entonces.....

—No, que esperanzas! no; pero sucede que Maria Angélica desconfia ya de tí y te debe de tener un miedo del demonio. Por eso es que no solo tu ayuda sino hasta tu presencia puede serme un gran estorbo. Tu sabes bien que cuando una mujer anda desconfiada y recelosa.....

—Tiene razon! es cierto, dijo Leon volviendo á su risa de costumbre.

—Vamos á componer de un modo este negocio; en el último *puesto* de la costa se necesita un peon; tu irás allí ganando el doble, de lo que

estas ganando aqui, porque tu pierdes en el cambio y es justo que te aumente el sueldo.

—Yo iré donde el patron me mande.....

—Pues bueno, ahora mismo le diré á Don Feliz y mañana sales para allá. Toma un par de onzas y cómprate un buen poncho.

—Gracias, respondió Leon guardando en su tirador aquel dinero.

—¿Estamos convenidos?

—Si, señor.

Eduardo abrió la puerta para que Leon saliera y levantó sus ojos al techo, rabioso de pensar en las comedias que habia hecho para deshacerse amigablemente de aquel reptil al cual podia aplastar de una pisada.

Un instante despues volvia Leon á buscar su cuchillo que habia quedado por el suelo, y al levantarlo dijo á Eduardo con aire de solemne juramento.

—Patron puede contar con un hombre que se ha de sacrificar en todo tiempo por V.....

—Gracias, hombre, gracias, contestó Eduardo empujándolo hácia fuera; por ahora lo que te pido es que no digas á nadie una sola palabra de lo que te ha pasado conmigo....entiendes!....

(Continuará.)

## REVISTA DE LA SEMANA.

Como la *política de detalle*, segun lo hemos declarado antes, no entra en el cuadro de la *Bandera Radical*, el espacio de una semana es breve para el desarrollo de los acontecimientos capitales á que debemos exclusivamente contraernos.

Sin embargo, no queremos dejar solucion de continuidad en nuestras apreciaciones sobre la marcha de los sucesos en que se vé envuelta la República.

Nuestra tarea es facil, desde que tomando un punto de vista, libre de todas las pasiones de partido y de todas las alucinaciones que el interés sugiere, somos observadores imparciales de una lucha en la cual no vemos comprometido actualmente ninguno de los principios que tienen la adhesion y el amor de nuestro espíritu.

En los estravios de los bandos, entran por mucho las ilusiones que se forjan acerca del resultado de su esfuerzo; esta es la última de las transacciones! se dicen á menudo; este el último de los males que vamos á soportar!—y el mismo hecho se repite cada dia en una sucesion no interrumpida de falaces y deleznales esperanzas.

La verdad, sincera y abiertamente espresada, puede tener mucha influencia para moderar las exageradas pretensiones de la lucha.

Ya terminó aquella vocinglería que despues de *Corralito* daba por vencedores á los blancos, y aquella otra vocinglería que despues del *Sauce* daba por vencedores á los colorados.

Es general, el convencimiento de que la guerra se prolonga, y se prolonga mas de lo que puede soportarlo el país.

Las ventajas parciales, ya no pueden alucinar á nadie; aun la noticia sobre hazañas de Galarza es completamente falsa; Olivera y Benitez andan muy tranquilos cobrando la contribucion directa al Norte del Rio Negro.

Se dice sin embargo que el General Suarez se promete concluir la guerra en dos meses, y que en la Casa Grande se hacen apuestas importantes á que para el 25 de Mayo está pacificada la República y hechas ya las elecciones.

Las operaciones con plazo fijo para el éxito, están algo desprestigiadas en el Rio de la Plata, desde que vimos convertirse en cinco años los tres meses que el General Mitre daba á la entrada triunfal en la Asuncion.

Hemos vuelto ya al viejo axioma del sentido comun: se sabe el dia en que se ha disparado el primer tiro; pero no se sabe el dia en que se ha de disparar el último.

Parece que Aparicio ha hecho un movimiento de reconcentracion hácia al Durazno; mientras tanto, Suarez se ha alejado de la capital con el ejército; pero Borges, cuya presencia es condicion *sine qua non* para el comienzo de las operaciones, recién acaba de ir á ocupar su puesto.

Comparando la fuerza de los beligerantes, fácil es comprender que Suarez con *mil doscientos hombres* de infantería de primer orden, tiene una garantía incontrastable de su parte, y que Aparicio conserva superioridad en el arma de caballería, lo que le dá facilidad para las operaciones de escaramuzas y gambetas.

Suarez ha reunido poco mas de lo que tenia en el *Sauce*; las divisiones del Sur se han aumentado; pero la columna con que Borges pasó al Norte, ha vuelto disminuida—poco importa el motivo de este hecho.

Sin embargo, la caballería de los colorados no es hoy la misma caballería de antes, dos victorias importantes, han retemplado su espíritu y levantado su moral, si moral puede llamarse el arrojo para dar una carga audaz en las contiendas civiles.

Por estas razones, creemos que Aparicio no arriesgará una batalla en la cual *podría* ser completamente derrotado, sin posibilidad de alcanzar un triunfo completo sobre la infantería de Suarez.

Habrà persecucion estéril, y retirada mas ó menos desmoralizadora; pero que prolongará la guerra inevitablemente.

Esto lo comprenden todos y para hacer frente á la situacion que viene, en estos dias quedará resuelta la cuestion del papel moneda, recurso extremo pero ineludible, si el Gobierno se empeña en continuar la guerra á todo trance, en vez de tentar hasta el último esfuerzo de una solucion conciliadora y legítima.

Sobre este punto, va en otro lugar un artículo especial.

Mientras tanto continuan las maquinaciones de los partidos en lucha.

La prensa de Montevideo, con referencia á los diarios de Rio Grande, ha dado cuenta de una mision acerca del Mariscal Osorio, confiada por los blancos al Dr. D. Carlos Ambrosio Lerena.

Dice la prensa Riograndense que el objeto de esa mision, era pedir la mediacion conjunta del Brasil y de la República Argentina en la guerra civil de la República Oriental, y que el Mariscal Osorio ha prometido trabajar en ese sentido, adelantando que ya hay algo pensado á ese respecto.

Es singular como los partidos orientales, á semejanza de los que han perdido á otras Repúblicas, no se cansan nunca de apelar al extranjero, en quien tienen mas confianza y con quien se entienden mejor que con sus propios compatriotas!

La mediacion probable del Brasil es muy significativa en este caso.

La historia de otros pueblos, y sobre todo la nuestra, nos advierte que el extranjero antes de presentarse como intervencion, se presenta como mediacion, del mismo modo que antes de presentarse como subyugacion y conquista se presenta repetidas veces como intervencion armada.

En primer lugar, se necesita no herir de golpe el sentimiento nacional, pues así lo exige el jesuitismo político, que ha remplazado en el mundo al maquiavelismo de otras épocas; y en segundo lugar, se necesita que los hechos se sucedan, sirviendo los unos de justificacion á los otros, hasta llegar al resultado que se anhela.

Si la mediacion amistosa es rechazada, no hay mas remedio que apelar á la intervencion, y si una série de intervenciones pasajeras no ha bastado para apaciguar al vecino incómodo, no hay mas remedio que afianzar la intervencion con la conquista.

Hé ahí el camino largo, tortuoso, pero infalible, por donde un pueblo fuerte llega á la dominacion de un pueblo débil.

Nosotros debemos temer mucho miedo á la reproduccion continua de los sucesos del pasado.

En medio de sus trastornos y convulsiones incesantes, los pueblos

que han perdido la conciencia del derecho y la base moral de la justicia ofrecen una singular monotonía en sus extravíos y en sus faltas.

Bajo este aspecto, bien puede el *uno de la Defensa* que en estos días ha dejado atónitos á los hombres de probidad política, tener ciertos visos de razón, razón material á lo Falstaff, el desnaturalizado Sancho Panza de los dramas de Shakespeare!

Lavalleja, Rivera, Oribe, y sus correlativos sucesores no han hecho sino repetir la misma historia.

Yendo á los detalles, encontramos que, por ejemplo, la libertad de imprenta ha sido sucesivamente atacada por los mismos medios y por los mismos hombres que alternativamente la ensalzaron.

Las libertades necesarias al ejercicio de la soberanía popular, han sido sucesivamente suprimidas por los mismos medios y por los mismos hombres que, protestando contra su empleo atentatorio, han ocupado alternativamente el Poder Público.

En fin, las crueldades y la coalición con el extranjero, ha sido sucesivamente el crimen de los mismos que alternativamente se han levantado en nombre de la vindicta que reclamaban esos actos.

Verdadero infierno social, de errores y de castigos eternos, donde apenas algunos nobles rasgos de grandeza y de heroísmo vienen á salvar el porvenir de un pueblo que se muestra fuerte y viril en medio de las supremas desgracias que lo abaten!

Ese espectáculo no es nuevo en la historia de la humanidad; lo conocieron ya las repúblicas Italianas, cuya conexión con la República Oriental, hemos de explicar estensamente algún día que nos sintamos en vena de refrescar el recuerdo de nuestras lecturas históricas.

Estaban allí, tan exactamente previstos los acontecimientos y detalles de las más inesperadas situaciones, que los políticos tenían y utilizaban á menudo un libro donde se encontraban compilados todos los documentos que podrían necesitar los partidos ó los gobernantes,—fijando de antemano el lenguaje de la revolución y de la autoridad, del pueblo y de sus señores, de cada bando y de cada gobierno, en todos los casos y en todas las emergencias posibles.

El lenguaje espontáneo é inspirado de las grandes pasiones y de los grandes movimientos populares, sometido á formulario, como los autos de trámite en nuestras leyes de procedimientos judiciales!

¿No conocen y no tienen ese libro, nuestros partidos de hoy?

Les sería muy útil en la representación del drama cuyo apuntador es el pasado.

Preparemosnos á resucitar los documentos en que hemos explicado y justificado las intervenciones brasileras de otra época.

Acaso no está lejano el día, en que uno de los dos partidos tenga que reproducirlos con toda la originalidad de los viejos políticos italianos.

Se ha desmentido la noticia de la revolución riograndense, pero nos ha venido en cambio la de la misión confiada al Dr. D. Carlos Ambrosio Lerena.

Por uno ú otro camino, viene la inmision del Imperio en nuestras contiendas civiles, y acaso la población neutral esté de felicitaciones.

¿Qué hacen los partidos por evitar una estremidad tan funestísima? Dios los ilumine!

Carlos Maria Ramirez.

## SUETOS DIVERSOS.

### Bases de paz.

De la *Revolucion* del 26 de Febrero, tomamos la siguiente carta en que un alto jefe del partido blanco presenta su proyecto de pacificación.

La fecha es atrasada, pero el tema es de oportunidad.

Dice:

Buenos Ayres, 11 de Octubre de 1870.

Sr. D. N. N.  
Montevideo.

Mi estimado amigo:

..... Pero no es solo de la guerra que debemos ocuparnos. Enhorabuena busquemos todos los elementos para asegurar el triunfo por las armas, pero tengamos presente que si podemos conseguir por medios pacíficos el que el país tenga un Gobierno que dé garantías para todos, debemos preferir las negociaciones á las lanzas.

Después de las batallas de Severino y de Corralito los hombres de Montevideo no pueden dudar que el ejército de la revolución vá á dominar toda la campaña y que solo tendrán Montevideo y uno que otro punto en el litoral; pero nosotros debemos de comprender que hay que vencer grandes inconvenientes para ocupar esos puntos y conseguir un triunfo completo. Triunfo que si no es imposible costará muchos sacrificios de vidas y de fortunas, sin contar el retroceso del país.

La bandera que ha levantado la revolución y los verdaderos intereses de la República, reclaman un Gobierno de todos y para todos, y si damos á nuestros adversarios la misma participación en la cosa pública que queremos para nosotros, no dudo que los hombres de

Montevideo no quieran continuar la guerra cuando han perdido sus ejércitos y se hallan exhaustos de recursos—Ademas, el clamor de los intereses estraños que se perjudican con la continuacion de la lucha, debe tambien hacer inclinar la balanza á favor de la paz.

Es universalmente reconocido que para hacer la paz, su primera condicion es el cese del General Batlle y un Gobierno Provisorio que garanta á todos para que el pueblo nombre con libertad los representantes que han de elegir el Gobierno permanente.

Pero la dificultad que muchos encuentran, es el modo de elegir ese provisorio sin que quede el triunfo á uno de los partidos. Es sobre esto que me propongo presentar á V. mis ideas, que si fuesen de la aprobacion de V. puede hacerlas conocer á los amigos de esa, y discutir las para cuando llegue el caso estar de acuerdo. A varios de los de aquí y que se las he hecho conocer están conformes.

1.º El ejército de Montevideo y los ciudadanos del partido colorado, nombrarán del modo que ellos acuerden, ocho ciudadanos que tengan las cualidades necesarias para ser Presidente de la República. El ejército y los ciudadanos de la Revolucion nombraran una lista igual.

2.º De cada lista el partido contrario elijirá dos; es decir, los colorados, elijirán de la lista de la Revolucion, y vice-versa.

3.º Reunidos los cuatro, elijirán dentro del término de 24 horas un quinto, con las mismas cualidades, aunque no sea de las listas presentadas, pero si en el plazo señalado no se pusiesen de acuerdo en la eleccion, se sacará á la suerte de los doce que han quedado de ambas listas.

4.º Reunidos los cinco electos, nombrarán ellos uno que será el Presidente Provisorio y los otros cuatro sus ministros.

5.º Este Gobierno no tendrá mas atribuciones, que Gobernar el país, para mantener el orden público y garantir las elecciones que han de traer el permanente. De este modo, no solo habrá igualdad, sino tambien se elijirá de lo mas honorable que tenga cada partido, por que cada un presentará sus hombres mas notables, los cuales pasan por una segunda eleccion de sus adversarios, que será una purificacion mas, etc. etc.

#### La supresion de los partidos.

El Sr. Berra nos ha replicado en *La Tribuna*, y aunque no podemos ni debemos prolongar esta polémica, vamos á pronunciar nuestra última palabra.

El punto de partida es comun al Sr. Berra y á nosotros.

Los partidos actuales no tienen ya razon de ser y son impotentes para labrar la felicidad del país.

Pero el Sr. Berra dice; lo que hay que hacer es suprimir esos partidos, y ocuparse esclusivamente de educacion, de estudio, etc. etc.

Y nosotros decimos—lo que hay que hacer es formar un partido que recoja los elementos dispersos de los otros, sirviendo de moderador y de intermediario entre el pasado y el porvenir—entre los partidos viejos y los partidos futuros, que vendrán, que vendrán sin duda con nobles banderas de principios cuando nos remontemos á las fuentes de la organizacion nacional.

Puede haber diverjencia sobre el camino que debe seguirse para formar ese partido y sobre la posibilidad inmediata de formarlo, pero ha de pensar en él, todo el que se desprenda de las antiguas divisas.

Partido es cualquier agregacion de hombres que se encuentran acordes sobre puntos de organizacion social ó política, aunque no medie pacto ni solidaridad espresa entre esos hombres.

Quando el Sr. Berra nos habla de imbuir á todos en el propósito de levantar la causa de la educacion popular, es un verdadero partido lo que quiere formar de esa manera; solo si, que es un partido estrecho y limitado, porque abraza una bandera exclusiva, y desprecia, junto con toda influencia sobre el juego de las instituciones libres, el medio eficaz para llegar á la realizacion de sus propósitos.

La diversidad de partidos es tan inherente á la humanidad, como la diversidad de religiones, y á medida que la libertad progresa, progresa tambien la subdivision de los partidos como la subdivision de las sectas.

Testimonio de una y otra cosa, son los Estados-Unidos del Norte, donde cada aldea tiene sus asociaciones políticas y sus iglesias contrarias.

Lo que debemos combatir es á los partidos personales; á los partidos de guerra; á los partidos que tienen la vista esclusivamente fija en el pasado; á los partidos que sobreviven á su época; á los partidos que por el desarrollo lógico de sus tradiciones guerreras, están eternamente condenados á revolcarse sobre la sangrienta arena de la guerra.

Lo que debemos procurar es que los partidos futuros sean partidos de principios, de paz, de porvenir, de civilizacion y de progreso, poniendo particular empeño en no parecerse nada á los antiguos, como ya lo decia el programa de los *Amigos del País*.

En fin, para cerrar el debate, nosotros nos damos por vencidos, si el Sr. Berra nos muestra un pueblo, republicano monárquico, libre ó esclavo; feliz ó desgraciado; grande ó pequeño; hábito en otra era ó exis-

tente hoy mismo, que no tenga necesariamente, bajo una ú otra forma y bajo uno ú otro nombre, la lucha de los partidos políticos.

### ¿Y hasta cuando?

Tomamos de *La Tribuna* de Montevideo, diario que se considera *oficial*, estos apuntes importantes:

«GEFES Y OFICIALES—Segun el presupuesto de este año, el Estado Mayor *Pasivo* consta hoy de los siguientes gefes y oficiales:

Coroneles .....	36
Idem graduados .....	5
Tenientes-coroneles .....	84
Idem idem graduados .....	29
Sargentos-mayores .....	96
Idem idem graduados .....	55
Capitanes .....	133
Idem graduados .....	6
Idem idem ayudantes-mayores .....	3
Ayudantes-mayores .....	33
Tenientes 1.º .....	84
Idem 2.º .....	61
Alféreces .....	86
Porta-estandartes .....	17

728

En esta nómina no entran los cuatrocientos y tantos gefes y oficiales que tienen hoy sus espedientes en tramitacion para ser dados de alta.

Tampoco entran los quinientos ó seiscientos que hoy están prestando servicio activo en el ejército y en los departamentos.

Y cuando acabe la guerra, si son indultados los blancos ¿no ingresarán tambien otros quinientos ó mas?

Esto quiere decir que ya entre nosotros son mas los gefes y oficiales que los soldados.

Y adelante. »

Nosotros preguntamos—¿y hasta cuando?

Prolongándose la guerra, la poblacion nacional vá á componerse de puros generales, coroneles, comandantes etc. etc. etc.

¿Hay Hacienda que resista á un presupuesto de esa naturaleza?

De empréstito en empréstito, y de compromiso en compromiso, vamos á llegar á un punto en que los estrangeros nos *decreten la prision por deuda*.

Hágase la paz, y en seguida la reforma militar, severa y completa, como debe serlo, como lo ha indicado en su programa financiero la casa bancaria Stump y Compañia.

### Fé de erratas.

En la página 199, de este número, línea cuarta la palabra *nuevamente* se encuentra repetida y debe suprimirse.